**Domingo 4º de Cuaresma (A). 26.03.2017: Juan 9,1-41**

***“Jesús vio a un ciego de nacimiento…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

*“¿Por qué nació ciego este hombre? ¿Fue por un pecado de él o de sus padres?”*  (9,2). El relato evangélico para este cuarto domingo de Cuaresma está tomado del cuarto Evangelio y recuerdo haber comentado este mismo texto el pasado mes de junio. Al igual que decía la semana pasada a propósito del encuentro de Jesús con la samaritana, puedo decir sobre este relato de la curación del ciego de nacimiento que nunca se agotarán las posibilidades de realizar un nuevo comentario. Estamos ante otro diamante, evangélico, literario y teológico.

Los acontecimientos suceden, según el Evangelista, el sábado de la fiesta que la Religión judía llamaba de las Tiendas o Tabernáculos (9,14) que se celebraba al final del verano cuando se habían recogido los frutos de la tierra y se peregrinaba a Jerusalén para ofrecer la mejor parte de ellos a su propietario, amo y señor: Yavé, su Dios. Fue él quien regaló esta tierra a los antiguos judíos, liberados por él de la esclavitud en el país de Egipto y después de haber expulsado de ella a sus ocupantes cananeos. ¿Por qué será que me suena aquello de ‘doy para que me des’ siempre que nos hablamos de tal o cual religión?

El texto de Juan 7,1 a 10,21 -en el que encontramos narrada esta curación del ciego de nacimiento- describe la presencia de Jesús de Nazaret en la celebración de esta fiesta de las Tiendas en Jerusalén y en su Templo. **Esta presencia de Jesús no es muda**, porque habla y hay que ver lo herética que es su enseñanza. **No es ciega**, porque ve cuánto se hace y cómo se hace en torno al Templo y sus rituales que se atreve a alterar. **Tampoco es manca**, porque actúa y se atreve a tocar lo prohibido o manchado para sanarlo y limpiarlo. **Tampoco es sorda**, porque oye cuanto se dice de su manera de estar, hablar y actuar.

La presencia de Jesús en aquella fiesta de los judíos es una presencia blasfema, provocadora y revolucionadora. Tanto y hasta tal punto o grado que *“los judíos tomaron piedras para tirárselas, pero él se escondió y salió del templo”* (8,59). En esta fiesta del agua y la luz, el Evangelista pone en labios de su Jesús de Nazaret dos expresiones que sólo se podían decir de su Dios Yavé, aquel ‘Yo soy’ del que se hablaba en Éxodo 3,14: *“Yo soy la luz del mundo”* (8,12 y 9,5) y *“Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba*” (7,37).

¿Quién es este ciego de nacimiento, cuál es su ceguera y cómo liberarse de ella y ver? La clave de la respuesta nos la ha dejado el Evangelista al final de su relato (9,39-41). Suelo decir cuando hablo de la identidad de esta persona que no estamos ante ‘un ciego de la ONCE’ (por estas tierras, Organización Nacional de Ciegos Españoles). ¿El Evangelista se está refiriendo a ‘que no hay peor ciego que quien no quiere ver’? Muy probablemente, sí. Creo, me digo. *“Si estuvierais ciegos no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado permanece”* (9,41). Ciego de nacimiento es el Templo y cuantos creen en él, viven de él y de lo que significa.

Y al acabar el comentario, igual que cuando vuelvo a leer el relato, me queda una duda muy grande que no creo tenga respuesta. O, ¿sí? *“El ciego fue. Se lavó y cuando regresó veía”* (9,7). ¿Fue solo? ¿Conocía por el tacto el camino? ¿Acompañado? ¿Por quién o quiénes?... ¿¡Oyó a Jesús de Nazaret, se fio del evangelio de su palabra y abandonó cualquier otra… religión!? ¡Sí!

**Domingo 18º del Evangelio de Marcos (26.03.2017): Marcos 4,35-41**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

Cuenta la narración del Evangelio de Marcos que al acabar Jesús de Nazaret su enseñanza sobre el Reino, encerrada en las semillas de sus cinco parábolas (4,1-34), invitó a sus discípulos a pasar a la ‘otra orilla’ del lago. Era tarde. *“Se levantó entonces una fuerte tempestad y las olas entraban en la barca y ésta comenzaba a hundirse”* (4,37). El escenario es tan espectacular como dantesco. Sobrecoge incluso cuando uno se lo imagina. ¿Sucedió así?

Este relato, llamado ‘La tempestad calmada’, lo cuentan también Mateo en 8,23-27 y Lucas en 8,22-25. Y creo que es muy normal recordar lo que le sucedió a un popular personaje de las leyendas judías llamado Jonás. Es muy posible que este relato del profeta Jonás que habla, entre otros asuntos, de ‘la voluntad y el poder’ del Dios Yavé haya inspirado a los Evangelistas de la buena noticia de Jesús de Nazaret. Este hombre, bien conocido por María Magdalena, hablaba y hacía como aquello que nos habían contado de la palabra y obra de Dios: *“¿Quién es éste, se decían unos a otros, que hasta el viento y el mar lo obedecen?”* (4,41).

En el centro de la narración y de la propia escena de la barca en medio del mar del lago sorprende al lector ahora, como a los discípulos entonces, el par de preguntas de Jesús de Nazaret: *“¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?”* (4,40). ¿Qué sentido tienen estas dos preguntas en este contexto de la tempestad en el lago-mar de Galilea?

Seguramente que para unos lectores la presencia de una tormenta en pleno lago es la ocasión perfecta para comprender y afirmar el poder de Jesús sobre cualquier tipo de fuerzas de la naturaleza que amenazan la seguridad de la vida en los humanos. Para otros, como a mí me sucede, la impotencia de la debilidad humana ante el desatamiento de las fuerzas de la realidad me invita a escuchar la voz de la ciencia que se calla ante lo inexplicable y trata de seguir investigando.

¿Quién desató aquella tormenta, me dice el relato y su narradora Magdalena? ¿Cuándo, cómo y dónde se desató? ¿Fue una tormenta de aire y agua desatados en la noche del mar? ¿Por qué no pensar imaginativamente que no fue una tormenta desatada fuera de la barca y de sus ocupantes, sino dentro de las neuronas cerebrales de la vida y de la fe de quienes acompañaban a aquel Jesús de Nazaret que dormía descansadamente sereno y como ajeno a cualquier peligro de naufragio? Toda aquella tormenta comienza con unas sencillas palabras del contador de parábolas: *“Pasemos a la otra orilla”* (4,35).

¿Para qué pasar a esa ‘otra orilla’ si era ya tarde? ¿Por qué hemos de pasar a ‘esa orilla’? En la orilla occidental del lago de Galilea acababa Jesús de Nazaret de enseñar a ‘sembrar el Reino o Reinado’ de Dios. Y ahora, con ese ‘pasemos a la otra orilla’, ¿nos está invitando a ‘sembrar’ en la orilla oriental y pagana del lago ‘el Reino o Reinado de Dios’? ¿Quién va a realizar esa sembradura? Y esta ‘sembradura’ no es otra cosa que la ‘evangelización’, es decir la tarea de hacer posible la presencia de las noticias buenas donde reina el caos, la desolación, el vacío, la marginación, el dolor, la enfermedad… y la muerte. Esa ‘otra orilla’ era la tierra enemiga. Y en las entrañas ‘religiosas’ de los seguidorxs del laico Jesús se había desatado… ¡una tempestad!